

alista en el número de nuestras posibilidades de hacer un arte no solamente poseedor de bellezas regionales—pintura—sino la contextura racial, idiosincrática y alerta a la hora de renovación y creación que es el anhelo del mundo, y que tiene tan especiales signos en tierra latinoamericana.

“El Renuevo y Otros Cuentos”, está dividido en “Cuentos de Hombres Libres” y “Cuentos de Presidarios”.—Pero una sola vibración—todas las gamas—recorre los nervios de este libro. Sus personajes—hombres, niños, hembras—oscuros o blancos—se nos presentan en la idéntica identidad de sus humanidades sin disfraces. Es la primera vez que vemos surgir al hombre así, dentro de un relato literario, sin literatura. ¿La primera vez? También Panait Istrati, pero este maravilloso vagabundo está lejos de nuestra alma americana.

Sus personajes son feos, son perversos y crueles, están carcomidos de todas las lacras producto de una civilización corroída.

Todos los bajos fondos, oscuros, inexplicables, freudianos de los hombres de ahora, atormentados de esclavitud, se nos muestran a través de estos relatos—mejor que cuentos—de este pupilo de Castillo del Príncipe, con diez años de prisión a cuestas y tres más por vencer.

Pero dentro de esa crueldad tan humana, como un río dulce que bañara todos los breñales y las aristas asesinas, cuántas veces la más emocionada ternura nos ovilla en un sollozo de niño que cedió su escopeta a cambio de la vida de un gorrión. (¡Ay mi vida, mi vida! Mis siete años! ¡Mi madre que murió y no la vi muerta! Ay de los hombres buenos y cobardes! Ay del que en su niñez tenga una noche así y no se salve!) donde súbitamente nos encontramos reflejados. Y la áspera dulzura del niño que frente a la madre muerta, lloraba porque tenía hambre y se robó un pomo de caramelos....

¿Le ha hecho bien el presidio?—

Montenegro rodó por el mundo—y por la vida, intensa, loca, preñada de novedad—desde los 12 hasta los 19 años, en que después de haber visto tantas veces de cerca la Tragedia, ésta desembocó en una esquina y lo alcanzó con un puñal en la mano, que ciegamente, rompió la vida de un hombre que él no conocía.

Desde entonces, con los muros de la fortaleza feudal que amarró sus rebeldías, se detuvo la vida. Y sólo el sueño y el ensueño rondaron sus días interminables. Carlos Montenegro aprendió a escribir en la prisión. Y para hacer menos pesada la losa del aburrimiento—van diez años de prisión!—escribió, escribió, sin aliño, sin literatura, por necesidad biológica, para llenar el ancho vacío de sus días iguales. Y en sus relatos, con energía nueva, y voz emocionada, cuenta episodios de su vida, de su vida embrionaria, ya que sólo en la libertad puede vivirse y la de él abrió un paréntesis que aun no cierra a los 19 años.

Carlos Montenegro es un niño en su actitud, en sus palabras, en su timidez. Constatamos que su vida se ha detenido a los 19 años. El declara honradamente su incipiente cultura, su desconocimiento y su ansiedad salvadora por conocerlo todo, todo lo que pasa detrás de los muros, donde tantas inquietudes hierven sin alcanzarle, donde todos los días se renueva la vida. Pero las nuevas palabras que le llegan qué eco fervoroso encuentran en su corazón.

Cuando le hablo de América, Montenegro que conoce México, demuestra una viva curiosidad amorosa. No son nada tres años para él—tantas veces se ha pedido a los hombres su indulto—y entonces, dice, empezará la verdadera vida. Visitará Suramérica, sus razas maravillosas con las que quiere vivir para conocerlas. Y poder un día hablar de ellas, como lo ha hecho con sus guajiras cubanos y con los indios del México de la Revolución.

Tres años....tres años....Pero una ancha esperanza ilumina y forta-